

AD LIMEN

Las ciencias del alma debe leerse como una respuesta a la pregunta que con frecuencia me han planteado y cuya forma básica es simplemente: ¿existía una psicología en el siglo XVIII? La pregunta se justifica en la medida en que aún se cree que la psicología fue “fundada como disciplina científica en el último tercio del siglo XIV. La respuesta es, sin embargo, que en el siglo XVIII, la psicología existía como tal y con ese nombre. La reacción es de curiosidad o desconfianza. Se dice entonces que esta “psicología” o bien usurpa un nombre que no merece, o bien pertenece a una “prehistoria” de la disciplina en la que se confunde con la “historia de las ideas psicológicas” o con discursos “pre-científicos” y “metafísicos” sobre el alma. Todos malentendidos que trataremos de esclarecer. En el período que nos interesa, es decir en los primeros usos constatados de la palabra *psicología* entre el último tercio del siglo XVI y fines del siglo XVIII, la psicología es esencialmente una “física del alma” que procede tanto de la filosofía natural como de la antropología cristiana; sigue siéndolo sin interrupción a pesar de la ruptura que sobreviene con el derrumbe de las teorías aristotélicas y la reelaboración de la disciplina que es al mismo tiempo una consecuencia y un factor de la disolución de la noción aristotélica del alma.

La reacción de la que hablamos no carece de justificativos. Al menos desde las primeras historias de la psicología, publicadas después de que ésta se estableciera supuestamente como “disciplina científica”, no dejó de repetirse la misma versión de los acontecimientos. Lo que a su vez explica quizá que, casi sin excepción, las historias de la psicología, los esbozos históricos de la disciplina, las enciclopedias, los diccionarios y las obras generales sobre el siglo de las Luces ignoran de la “*psicología*” la palabra y la cosa. Lo mismo pasa con los trabajos en historia de las ciencias: todo sucede como si la psicología de antes del siglo XIX tardío no mereciera formar parte de esta historia. Trataremos aquí de modificar esta situación.

Quisiera también sugerir que lo que se juega en la historia de la psicología de las Luces excede los problemas historiográficos y toca cuestiones fundamentales relativas al advenimiento de la “identidad moderna” y a problemáticas totalmente actuales en cuanto a las relaciones entre identidad corporal e identidad psicológica. Las evocaremos al final de nuestro recorrido. Pero habrá que comenzar por otra parte. Acabo de decir, a propósito de la psicología de las Luces, que a menudo se ignora la palabra y la cosa. Como las dos están estrechamente ligadas y las denominaciones juegan un rol constitutivo en el desarrollo de las disciplinas y de los saberes, deberemos emprender lo que todavía no ha sido hecho: una historia semántica de la palabra *psicología* entre su creación en el siglo XVI y el nuevo significado que adquiere a comienzos del siglo XVIII. Por supuesto, tal historia no es puramente lexical, sino que permite seguir la transformación de una ciencia del alma como “forma” de todos los cuerpos que tienen la vida en potencia en una ciencia del alma-espíritu (*mens*) que opera en el ser humano. Como “forma”, el alma daba cuenta de la estructura y de las funciones de los seres vivos; como “espíritu”, se convierte en un *explanandum*, una sustancia cuyo funcionamiento y contenidos es necesario describir analizándola a través de su “comercio” con el cuerpo. En gran medida, la autonomía de la nueva psicología resulta del hecho de que, a pesar de lo que toma de la filosofía natural resultante de la Revolución científica, se la concibe brindando principios metodológicos y epistémicos a todas las otras ciencias que tratan del hombre.

Pienso que no llegó el momento de intentar una síntesis de *la psicología* del siglo XVIII – por una parte, a causa del estado de la historiografía y por otra parte, porque el estudio de las Luces

¹ Fuente: Fernando Vidal, *Les sciences de l'âme. XVIe-XVIIIe siècle*, Paris, Honoré Champion Éditeur, 2006. Traducción: Pablo Pavesi. Cátedra I de Historia de la Psicología, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

exige considerar situaciones nacionales y regionales diferentes que aguardan aún sus monografías. Además, en la medida en que mi objeto es la psicología instituida como campo cuya autonomía se reivindica y cuya novedad se proclama, preferí no centrarme en el estudio de las ideas, de las teorías o de los sistemas, sino examinar la formación del marco en el que éstos se mueven y de los dispositivos que los legitiman como “psicológicos”. Utilizo deliberadamente la palabra “disciplina”, que no se asocia usualmente a la psicología anterior al último tercio del siglo XIX. La psicología es una disciplina antes del siglo de las Luces, y su renovación durante el siglo XVIII tiene lugar en un campo cultural amplio, atravesado por algunos grandes temas, pero también caracterizado, según los lugares y las tradiciones, por contenidos y formas específicas, por múltiples articulaciones de los conceptos y de las prácticas.

Era necesario, dentro de ese campo, encontrar los mecanismos intelectuales e interrogarlos y las consideraciones nocionales más significativas para definir los contenidos y las fronteras de la psicología. De todos ellos, estudiaré algunos que creo tienen la importancia requerida: la invención de una tradición psicológica a través de la escritura de la historia, así como la inserción de la psicología en la “ciencia del hombre” y en la “historia del género humano”; la tematización de la metodología psicológica y del lugar de la psicología en el orden de las ciencias, con la psicologización y la antropologización concomitantes de la lógica, la metafísica y la moral. Es a través de esos procesos que la psicología de las Luces llegó a considerarse a sí misma como “la más útil de todas las ciencias”.

Agradecimientos

Dado que comencé este trabajo con el apoyo del programa “Athena” del Fondo Nacional Suizo para la Investigación Científica, quedo muy agradecido al FNRS por las condiciones que me han permitido explorar problemáticas que eran nuevas para mí. Parte de las primeras investigaciones se realizaron en ocasión de mi estadía como *visiting scholar* en el Departamento de Historia de las Ciencias de la Universidad de Harvard, a la que agradezco por su hospitalidad. En Berlín, el Instituto Max Planck de Historia de las Ciencias ha sido un lugar ideal para proseguir con este trabajo. En particular quiero agradecer a los bibliotecarios del Instituto por su gentileza y por su eficacia sin fallas. Agradezco igualmente a Evi Chantzi, Nathalie Huet y Josephine Fenger por su ayuda. Algunos de los temas tratados aquí han sido abordados en cursos, seminarios y conferencias realizados en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, la Universidad del Estado de Río de Janeiro y en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro; agradezco especialmente a mis anfitriones en esas instituciones: Jacqueline Carroy y François Azouvi; Ana Jacó; Maria Aparecida Mamede. Muchos amigos y colegas han acompañado este trabajo de maneras muy diversas; sólo puedo mencionar algunos: Bronislaw Baczko, Vincent Barras, Antonio Battro, Jacques Berchtold, Claude Blanckaert, Carolyne Bynum, Mary Campbell, Andrea Carlino, Lorraine Daston, Claire Gantet, Mechthild Fend, Tomás Fernández, Abigail Lustig, Francisco Ortega, Katharine Park, Françoise Parot, Cristina Pitassi, Michel Porret, Roy Porter, Sonu Shamdasani, Patrick Singy, Jean Starobinski, Friedrich Steinle, Claudia Swan, Anke te Heesen.

Capítulo 1. El “siglo de la psicología”

“En una palabra”, escribe en 1774 el autor del artículo PSICOLOGÍA de una enciclopedia suiza, “¿cuál es la ciencia o el arte que mereciendo nuestra atención, no tenga la psicología como base, principio & guía? Es hacia nosotros que remitimos todo, es de acuerdo a la influencia de las cosas sobre nosotros que las aprobamos o las condenamos; es pues la relación de las cosas con nosotros lo que las vuelve interesantes; & sin el conocimiento de la naturaleza, las facultades, el estado, las relaciones & el destino del alma humana, no podemos pronunciar nada, decidir nada, determinar nada, elegir nada, rechazar nada, preferir nada, hacer nada con certeza & sin error. La psicología es así la primera, la más útil de todas las ciencias, la fuente, el principio, el fundamento de todas & la guía que conduce hacia cada una de ellas”.²

Este párrafo triunfal de alabanza a “la más útil de todas las ciencias” es representativo de lo que es la psicología en el siglo XVIII. Resume una mentalidad. Al poner más o menos el acento sobre las cuestiones metafísico-teológicas respecto de la naturaleza y el destino del alma, los psicólogos de las Luces están convencidos de que la psicología es la primera de las ciencias, la que provee los fundamentos necesarios a la acción y al pensamiento. La importancia acordada al conocimiento de sí mismo y la convicción de que la ciencia del alma es el más digno y el más noble de todos los saberes son lugares comunes antiguos, pero serán redefinidos en el siglo XVIII. A partir de allí, conocerse a sí mismo pasa por una nueva ciencia empírica del alma, llamada cada vez más a menudo *psicología*, y conforme a los ideales metodológicos y epistemológicos de las Luces. Esta ciencia no es “nueva” en el sentido en que hubiera sido creada *ex nihilo* en el siglo XVIII. Existía antes, en un universo aristotélico en cuyo seno servía de introducción a las diversas ciencias de los seres vivos (dotados de alma) y comprendía el examen de las funciones vegetativas y sensitivas y, para el ser humano, un esquema de facultades relativamente fijo (sentidos externos, sentido común, imaginación, memoria, intelecto).

En el siglo XVIII, la psicología no es pues inventada sino rehecha.³ Por un lado, la crítica de los aristotelismos determina la transformación del concepto de alma. El alma deja de ser el principio de vida al mismo tiempo responsable de la generación y del crecimiento, de la sensación y del pensamiento, para convertirse en el espíritu (*mens*). La ciencia del alma, llamada a menudo *psicología* a partir del último tercio del siglo XVI, es redefinida entonces como la ciencia del espíritu. Como ciencia empírica, de la que se espera que esté fundada en la observación y la experimentación, sólo se ocupa del alma en su vínculo con el cuerpo y se aleja de los discursos teológicos y metafísicos sobre la naturaleza, el origen y el fin último de una sustancia inmaterial.

Desde el punto de vista de la organización de los saberes, la psicología del siglo XVIII absorbe cuestiones de la lógica, la metafísica y la moral y se sitúa en el corazón de otro campo inédito, la antropología o ciencia general del hombre. Esta transformación no es únicamente estructural y lexical, sino que acompaña, sostiene y difunde una psicologización de los modos de comprender al ser humano y de establecer los saberes que, desde la lógica a la legislación y desde la estética a la pedagogía, debía hacer que la humanidad entrara en las Luces y alcanzara la realización de su perfectibilidad. Esta transformación trae aparejada asimismo la formación de un espacio conceptual y social que define, no una profesión de psicólogo ni instituciones que le estarían dedicadas, sino una disciplina que rompe con la *scientia de anima* aristotélica y reclama un valor y una autonomía nuevas.

² Gabriel Mingard, *PSICOLOGÍA (Métophysique)*, in Fortunato Bartolomeo de Felice, ed. *Encyclopédie, ou Dictionnaire universael raisonné des connoissances humaines* (Yverdon, Sociedad Tipográfica, 1770-1775; Suplemento, 1775-1776), tomo 35, 511b-513a, pp. 512b-513a. Ver el texto completo en Apéndice III.

³ Gary Hatfield, “Remaking the science of mind. Psychology as a natural science”, in Christopher Fox, Roy Porter y Robert Wokler, eds., *Inventing human science. Eighteenth-century domains* (Berkeley, University of California Press, 1994). Ver también Wolfgang Riedel, “Erster Psychologismus. Umbau des Seelenbegriffs in der deutschen Spátaufklärung”, in Jorn Garber y Heinz Thoma, eds., *Zwischen Empirisierung und Konstruktions-leistung: Anthropologie im 18. Jahrhundert*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 2004.

La psicología como “disciplina”

Si hablo de la psicología como *disciplina*, es en parte para plantear una discusión siempre vigente y que se resume en la pregunta acerca de saber desde cuando la psicología es una “disciplina científica”. Esta pregunta me parece mal planteada y tendría poca importancia aún si fuera pertinente; para demostrarlo es mucho mejor retener la noción de disciplina que desestimarla. Pero la razón por la cual empleo esta noción es mucho más importante.

Evidentemente, si la institucionalización y la profesionalización son consideradas condiciones *sine qua non* de una disciplina, entonces la psicología no es una disciplina antes de la habitual datación en el último tercio del siglo XIX. Sin embargo, se la puede razonablemente considerar como tal, tanto en el sentido tradicional de *disciplina* como desde el punto de vista de la historia y de la sociología de las ciencias. La noción misma de disciplina otorga continuidad y materia a la historia del saber en Occidente.⁴ En el léxico medieval, *disciplina* podía ser sinónimo de *ars* o de *scientia*, a veces con una connotación de rigor que limitaba su uso a los especialistas que empleaban métodos demostrativos.⁵ La palabra disciplina, que deriva de *discere* (aprender) y que designa también, en la lengua clásica, el acto de instruirse, la enseñanza o la educación, es lo que se aprende de un maestro: “Scientia acquisita in discente”, “informatio mentis a Magistro accepta”, se lee en léxicos del siglo XVII.⁶ En ese sentido, la *animastica* o *scientia de anima* enseñada desde la Edad Media en el marco de la “física” o filosofía natural es ciertamente una disciplina. Pero en lugar de dar salida a una profesión, forma parte de los cursos que preparan para los estudios en las facultades superiores que conducen a las profesiones de médico, jurista y teólogo.⁷

Una primera propedéutica comprende entonces la gramática y la retórica, “artes” subordinadas a las facultades superiores. Una segunda propedéutica abarca “ciencias” relacionadas con las disciplinas superiores: la lógica, la ética, la física y la metafísica. La física prepara específicamente para la medicina. Comprende entre otros estudios el del alma vegetativa y del alma sensitiva, mientras que el estudio del alma racional depende de la metafísica. Hasta el siglo XVIII pues, la psicología continúa siendo comparable a la historia natural de antes de fines del siglo XVI: se enseña casi exclusivamente a través de libros canónicos (el *De anima* de Aristóteles y sus comentarios) y permanece en una relación de subordinación epistémica, instrumental o propedéutica a otras ciencias.⁸ La expresión social de esa relación – puesto que la psicología es una disciplina sin ser una profesión – es la ausencia de una comunidad, y aún de individuos aislados, dedicados exclusivamente a la *scientia de anima*. Como lo explica Johann Georg Sulzer (1720-1779), un suizo de Berlín conocido por sus escritos estéticos, las distintas partes del saber erudito (*Gelehrsamkeit*) se llaman artes o ciencias; se tiende a reservar el nombre de “ciencia” a aquellas que se ocupan de verdades generales extraídas de la naturaleza de las cosas, pero cada una de las partes del saber puede recibir el nombre de *disciplina*.⁹

⁴ Donald R. Kelley, “Introduction” y “The problem of knowledge and the concept of discipline”, in D. R. Kelley, ed., *History and the disciplines. The reclassification of knowledge in early modern Europe* (Rochester, University of Rochester Press, 1997).

⁵ G. Schrimpf, “Disciplina” (s.v. “Disciplina, doctrina”), in Joachim Ritter, Karlfried Gründer y Gottfried Gabriel, eds., *Historisches Wörterbuch der Philosophie* (Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1971-), vol. 2.

⁶ Rudolf Goclenius, *Lexicon philosophicum* (1613; Hildesheim, Olms, 1980), s.v. “Disciplina”; Stephanus Chauvin, *Lexicon philosophicum* (1692; Dusseldorf, Stern-Verlag Janssen, 1967, ed. de 1713), s.v. “Disciplina”.

⁷ Laurence W. B. Brockliss, *French higher education in the seventeenth and eighteenth century. A cultural history* (Oxford, Clarendon Press, 1987), partes II-IV. Ver asimismo Wilhelm Schmidt-Biggemann, “New structures of knowledge” y L. Brockliss, “Curricula”, in Hilde de Ridder-Symoens, ed., *A history of the University in Europe, 2: Universities in early modern Europe (1500-1800)* (Cambridge, Cambridge University Press, 1996).

⁸ Paula Findlen, “The formation of a scientific community: Natural history in sixteenth-century Italy”, in Anthony Grafton y Nancy Siraisi, eds., *Natural particulars. Nature and the disciplines in Renaissance Europe* (Cambridge, MA, MIT Press, 1999).

⁹ “Man kann aber jeden besondern Theil der Gelehrsamkeit eine *Disciplin* nennen”. Johann Georg Sulzer, *Kurzer Begriff aller Wissenschaften und andern Theile der Gelehrsamkeit, worin nach seinem Inhalt, Nutzen und Vollkommenheit kürzlich beschrieben wird*, 2ª ed. (Leipzig, bey Johann Christian Langenheim, 1759), p. 9. Sobre el proyecto de Sulzer, ver Hans Erich Bodeker, “Konzept und Klassifikation der Wissenschaften bei Johann Georg Sulzer

La función pedagógica de la disciplina no es en absoluto limitativa. Una disciplina es también una estructura social e intelectual caracterizada por la existencia de individuos que se consagran a ella, de un conjunto de saberes, de problemáticas, de reglas, de métodos y también de desacuerdos y debates, de una terminología propia, de obras y de personas relacionadas con el campo y reconocidas como autoridad en la materia, de revistas, manuales, enseñanzas y finalmente, de instituciones específicas tales como facultades, departamentos o sociedades.¹⁰ En este sentido, es en el siglo XVIII que la psicología llega a la consistencia y a la extensión que, en los años 1770, hacen decir a Kant que debería ser llevada a la categoría de “disciplina universitaria particular” (ver cap. 4). Al fin de cuentas, este proceso de consolidación “disciplinar” exige decisiones administrativas, pero supone una tematización de las fronteras, de los contenidos, de los métodos y del lugar de la psicología entre las ciencias.

Una disciplina puede abarcar varios campos diferentes: esa es desde hace mucho la situación de la psicología, cuya heterogeneidad es sabida, desde el punto de vista de la definición de su objeto, de sus métodos, de sus objetivos y de sus problemáticas. Pues, a decir verdad, *la* psicología no existe como entidad unitaria y homogénea. El singular es útil para nombrar a las instituciones y para labrar una identidad profesional. Sin embargo, la lectura de cualquier manual psicológico de base basta para demostrar que la unidad enunciada en el título, como Georges Canguilhem decía a mediados de los años 1950, no es más que “un pacto de coexistencia pacífica acordado entre profesionales”.¹¹ Sin embargo, la *American Psychological Association*, que es la asociación de psicólogos más grande del mundo, se complace en explicar que la psicología es “el estudio del espíritu y del comportamiento” y que trata “todos los aspectos de la experiencia humana, desde las funciones del cerebro hasta las acciones de las naciones, desde el desarrollo del niño hasta el cuidado de los ancianos”. Y la APA especifica: “En todos los contextos imaginables, desde los centros de investigación científica hasta los servicios de salud mental, el proyecto de los psicólogos es «comprender el comportamiento»”.¹² El carácter vago y general de tal definición muestra bien que la psicología no es otra cosa que aquello que los psicólogos hacen y que toda definición en el estilo de la APA está subordinada a los intereses de la instancia que la formula. Ahora bien, en la misma medida en que casi no se la puede definir de otra manera más que como aquello que hacen los que dicen practicarla, la psicología posee una fuerte identidad de disciplina, encarnada en individuos, textos e instituciones que actúan en su nombre.

Inversamente, no todo campo de investigación llega a ser una disciplina. Por ejemplo, los estudios sobre la visión ocular en Alemania, en los años 1860, constituían un campo bastante integrado; pero las tentativas para establecer cátedras e institutos universitarios propios fracasan y los “programas de investigación” de ese campo terminan desarrollándose en el seno de la oftalmología, la psicología y la fisiología. Las fronteras de un campo o de un programa de investigación no coinciden pues necesariamente con las de disciplinas instituidas; ni siquiera un alto grado de acuerdo sobre las problemáticas y los métodos es suficiente para hacer de ellos una disciplina.¹³

En resumen, el postulado de *una* disciplina, homogénea y en singular, funciona como una abstracción cómoda, pero no corresponde a la dinámica de la producción de conocimientos y de la distribución de los recursos.¹⁴ Lo que Pierre Bourdieu llamaba “campo científico” puede ser visto

(1720-1779)”, in Martin Fontius y Helmut Holzhey, eds., *Schweizer im Berlín des 18. Jahrhunderts* (Berlín, Akademie Verlag, 1996).

¹⁰ Rudolf Stichweh, *Zur Entstehung des modernen Systems wissenschaftlicher Disziplinen. Physik in Deutschland 1740-1890* (Frankfurt, Suhrkamp, 1984), cap. 1, §§ 1-3 en particular.

¹¹ Georges Canguilhem, “Qu'est-ce que la psychologie?” (conferencia de 1956), en *Études d'histoire et de philosophie des sciences* (París, Vrin, 1994), p. 366.

¹² Ver <<http://www.apa.org/about/>>.

¹³ El ejemplo es de Timothy Lenoir, *Instituting science. The cultural production of scientific disciplines* (Stanford, Stanford University Press, 1997).

¹⁴ Acerca de este punto, ver Timothy Lenoir, “The discipline of nature and the nature of disciplines”, in Ellen Messer-Davidow, David R. Shumway y David J. Sylvan, eds., *Knowledges. Historical and critical studies in disciplinarity* (Charlottesville, University Press of Virginia, 1993).

como un conjunto de programas disciplinares anclados en situaciones locales, en competencia los unos con los otros, y en lucha por el monopolio de la autoridad y de la legitimidad científica (así como del poder social, político y económico que a menudo los acompaña).¹⁵ Es en esa perspectiva que se puede examinar la institucionalización y la profesionalización, es decir, el establecimiento de estructuras formales en cuyo seno se desarrollan la actividad científica y la constitución de grupos autorizados a formar parte de ella. Los dos procesos generalmente van juntos e incluyen la definición de trayecto de formación y procedimientos de certificación, el establecimiento de jerarquías y sistemas de recompensa y legitimación. De esta manera, la formación del saber acompaña la instauración de mundos sociales (disciplinas, profesiones, instituciones) que se convierten en los sitios de producción de esos mismos conocimientos.¹⁶

La psicología no llega a ese punto sino a fines del siglo XIX. Sin embargo, es durante el siglo XVIII que aparecen individuos que se dicen *psicólogos*, publicaciones y enseñanzas clasificadas en el rubro *psicología*, un discurso fuerte sobre la importancia de ésta y sobre la necesidad de hacer de ella el fundamento del sistema de conocimientos. Más allá de la dispersión de los lugares en que la psicología se hace, más allá de la diversidad de los proyectos de los psicólogos de las Luces, aparece una identidad común. Si, en los años 1770, Immanuel Kant puede anhelar que la psicología empírica llegue a ser una ciencia universitaria dotada de su propio cuerpo de profesores, es porque sus problemáticas, su corpus de saberes y su identidad intelectual le parecen estar suficientemente desarrollados y visibles como para ser confirmados sobre una base institucional autónoma.

Tal situación, sin embargo, no se limita a los planos discursivo y epistémico sobre los que me concentraré aquí, sino que pone en juego un tercer sentido de *disciplina*. En Michel Foucault, una disciplina no es sólo una rama del conocimiento, sino un conjunto de prácticas sociales relativas al mismo tiempo a los practicantes y a los sujetos o clientes. Ella modela la experiencia y el comportamiento de aquellos que la ejercen, y al mismo tiempo impone un régimen a sus objetos. Por ejemplo, la disciplina de auto-observación y de atención a sí a la cual se sometía el pedagogo de finales del siglo XVII tenía como finalidad modelar la moral y el físico de sus alumnos. La disciplina es entonces el medio de imponer determinadas relaciones de poder y esas relaciones hacen posible la constitución de los saberes.

La escritura se presenta como uno de sus útiles principales: devenimos “disciplinados” cuando somos atrapados en la densidad de la documentación administrativa o científica; a su vez, esta documentación deviene la fuente de nuevos conocimientos que fundan la disciplina. Esto vale por el alienista que, a fines del siglo XVIII, diseña cuadros de entradas múltiples de los pacientes admitidos en el hospital, o del psicólogo que se examina a sí mismo y observa a los otros con la convicción que todo detalle, por fútil que fuese, debe ser registrado. Para Foucault, estas técnicas, destinadas a “disciplinar” los cuerpos y los espíritus, preceden al establecimiento de disciplinas tales como la pedagogía, la psiquiatría o la psicología, y definen, al menos parcialmente, sus métodos y sus epistemologías.¹⁷

¿Cómo estudiar la emergencia y el desarrollo de estas estructuras? La historia de las ideas psicológicas (la cual comprende la exposición de sistemas o la evolución de nociones como *imaginación* o *atención*) muestra algunos de los contenidos de la disciplina; el examen de los discursos espirituales y místicos pone en evidencia algunos modelos del alma cuyos lazos con la psicología empírica queda por determinar;¹⁸ el estudio de las formas de sociabilidad (academias, correspondencias, relaciones de maestro a alumno) testimonia la existencia de redes de actores

¹⁵ Pierre Bourdieu, “Le champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison”, *Sociologie et sociétés*, 7, 1975, 91-117.

¹⁶ Jan Golinski, *Making natural knowledge. Constructivism and the history of science* (Cambridge, Cambridge University Press, 1998).

¹⁷ Jan Goldstein, “Foucault among the sociologists: the “disciplines” and the history of the professions”, *History and Theory*, 23, 1984, 170-192.

¹⁸ Acerca de esos modelos en la espiritualidad francesa del siglo XVI, ver Mino Bergamo, *L’anatomie de l’amé. De François de Sales a Fénelon*, trad. Marc Bonneval (Grenoble, Jérôme Millon, 1994).

identificados a la psicología; el análisis de programas de enseñanza y de manuales universitarios permite seguir la difusión de la psicología y su evolución en el seno de las instituciones; la investigación sobre las decisiones administrativas, los edificios y el personal revela ciertos mecanismos materiales de la institucionalización y la profesionalización; la reconstitución de prácticas y métodos muestran disciplinas personales y colectivas a través de las cuales la ciencia se instituye concretamente. Para el período que nos interesa todas estas aproximaciones merecen ser profundizadas.

Se puede también abordar el tema oblicuamente; es esto justamente lo que me propongo hacer aquí. Abordaré la historia del concepto de *psicología* desde el siglo XVI al XVIII, la invención de una tradición psicológica, la articulación de la psicología con la “ciencia general del hombre” y la “historia del género humano”, la clasificación de las ciencias y la psicologización de la lógica, de la moral y de la metafísica y, finalmente, algunas de las consecuencias que la psicología empírica de las Luces ha tenido en la formación de la “identidad moderna”. Se tratará de valorar la función de la *representación* del orden de los saberes en el establecimiento de las formas, de las fronteras y de los contenidos de las ciencias del alma, así como la diversidad de caminos que, durante el siglo XVIII, conducen a la psicología empírica.

Comparados con las historias de las ideas psicológicas, los temas aquí explorados pueden, en un primer momento, parecer marginales. Ellos ponen de relieve los “mecanismos” por los cuales se forja (refunde) la psicología, y su advenimiento como disciplina moderna,¹⁹ antes que las “culturas epistémicas” de la psicología, es decir, los modos de producción de saberes psicológicos a través de prácticas localizadas. Estos mecanismos se inscriben en un campo cultural que, más allá de la psicología, concierne el conjunto de los saberes y de los sistemas sobre el ser humano. De ahí la importancia que tendrán en estos estudios la semántica histórica inspirada en Jean Starobinski y su ideal de una historia de las ideas sin fronteras, la *Begriffsgeschichte* y las perspectivas ligadas a los dominios que el inglés y el alemán designan con los términos de *history of scholarship* y *Wissensgeschichte*.²⁰ Con esta luz oblicua, la mirada podrá percibir mejor algunos relieves de otro modo imperceptibles.

¿Un largo pasado, una corta historia ?

El ángulo bajo el cual, desde hace mucho tiempo, se han estudiado las Luces, ha producido, entre muchas otras, una evidencia: el siglo XVIII ha sido el “siglo de la psicología”.²¹ Pues bien, esa evidencia ha tenido la paradójica consecuencia de hacer invisible la psicología.

Incluso en obras recientes, no es raro leer que la psicología, en tanto ciencia, “nace” en el último tercio del siglo XIX. En 1879, Wilhem Wundt (1832-1920), profesor de filosofía en la Universidad de Leipzig, funda un Instituto de psicología experimental, el primero en su género, que deviene inmediatamente fuente de inspiración en Europa y en las Américas. El cliché que hacía de Wundt el “fundador de la psicología moderna” y un experimentalista puro, en ruptura con la filosofía, ya no es vigente.²² Sin embargo pareciera todavía que fue la “psicología nueva”

¹⁹ Sobre la noción de “cultura epistémica”, ver Karin Knorr Cetina, *Epistemic cultures. How the sciences make knowledge* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1999), cap. 1.

²⁰ Ver F. Vidal, “Jean Starobinski. The history of psychiatry as the cultural history of consciousness”, en M.S. Micale et R. Porter, eds., *Discovering the history of psychiatry* (New York, Oxford University Press, 1999).

²¹ Etienne Gilson y Thomas D. Langan, *Modern philosophy. Descartes to Kant* (New York, Random House, 1964), p. 225.

²² Arthur L. Blumenthal, “A reappraisal of Wilhelm Wundt”, *American Psychologist*, 30, 1975, 1081-1088; “Wilhelm Wundt - problems of interpretation”, en Wolfgang G. Bringmann et Ryan D. Tweney, eds., *Wundt Studies* (Toronto, C. J. Hogrefe, 1980); Kurt

Danziger, “The positivist repudiation of Wundt”, *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 15, 1979, 205-230; R. M. Farr, “Wilhelm Wundt (1832-1920) and the origins of psychology as an experimental and social science”, *British Journal of Social Psychology*, 22, 1983, 289-301; W. M. O’Neil, “The Wundt myths”, *Australian Journal of Psychology*, 36, 1984, 285-289; Adrian Brock, “Something old, something new. The “reappraisal” of Wilhelm Wundt in textbooks”, *Theory & Psychology*, 3, 1993, 235-242.

postwundtiana la que habría instituido la psicología como ciencia natural.²³ Se la nombraba “nueva psicología” en razón de su reacción contra los principios “abstractos” del pensamiento psicológico de las Luces, de su compromiso con el hecho empírico y, sobre todo, de su método, experimental. Para los numerosos norteamericanos que, en los años 1880 y 1890, cumplen una pasantía universitaria en Alemania, asistir a los cursos de Wundt y trabajar en su laboratorio equivale a una “especies de visita apostólica a la ‘nueva psicología’”.²⁴ Se reconoce, es cierto, que antes de ella hubo problemáticas, observaciones, ideas y teorías psicológicas. Sin embargo todas ellas pertenecen a un *pasado* cuya pertinencia para la *historia* de la psicología científica es más que dudosa.

En 1908, Hermann Ebbinghaus (1850 – 1909), uno de los pioneros de la psicofísica experimental, remarca que el pasado de la psicología es largo, pero que su historia es corta: “Die Psychologie hat eine lange Vergangenheit, doch eine kurze Geschichte”.²⁵ El psicólogo e historiador de la psicología americana, Edwin Boring (1886 – 1968) estima, en 1929, que las historias de la psicología abordan la “psicología nueva” como la culminación de siglos de reflexiones sobre el espíritu y permanecen centradas sobre el pasado de la disciplina “en detrimento de su corta historia científica”.²⁶ Para Boring, que ve en Wundt al primero que puede ser llamado “psicólogo” sin reservas, se trata por el contrario de orientar el porvenir subrayando la autonomía de la disciplina y el modelo del laboratorio como ideal de cientificidad.²⁷ La frase de Ebbinghaus, repetida de boca en boca, ejerce todavía un poder de encantación, como si fuera suficiente pronunciarla para hacer posible una idea intemporal de “ciencia”, justificar la periodización y los contenidos del relato, legitimar la elección de los “antecedentes”, de los “precursores” y de los “fundamentos”.²⁸ Ella es invocada en un tipo de historia donde el pasado “precientífico” o filosófico” de la psicología comprende un conjunto de “ideas psicológicas”, que, desde Platón o Aristóteles hasta el período “moderno” inaugurado por Descartes, se prolonga en el sensualismo, el empirismo y el asociacionismo de Locke, Condillac y los filósofos escoceses de las Luces, rompe con las especulaciones filosóficas sobre el alma y funda así el método empírico que, en el siglo XIX, llega a una psicología, cuya *historia*, ahora sí, puede escribirse.

Determinar aquello que pertenece a la historia de una ciencia es un problema general de la historia de las ciencias.²⁹ En el caso de la psicología, el relato sobre su “pasado” conduce habitualmente a ideas, contextos, individuos o eventos que se juzgan pertinentes para una psicología ulterior. Dicho de otro modo, es el presente de la disciplina el que decide sobre los materiales que componen el relato. Esto vale sobretodo para los textos que pretenden narrar “la historia de la psicología” con los dos sustantivos en singular, en los que la elección de las materias se hace esencialmente por tradición y convención. Los manuales no evolucionan más que por variantes mínimas y tienden a reproducir los manuales precedentes. El siglo XVIII plantea sin embargo algunos problemas particulares que lo distinguen de otros períodos de la así de la pretendida “pre-historia” de la psicología. Por una parte, la historia de la psicología aparece como género historiográfico en el siglo XVIII. Pero, mientras que a fines del siglo siguiente ella servirá

²³ Ver por ejemplo el libro de un doctorando de Wundt, Edward Wheeler Scripture, *The new psychology* (New York, Charles Scribner's Sons, 1897). El equivalente francés es la exposición de Theodule Ribot, *La psychologie allemande contemporaine. Ecole expérimentale* (Paris, Bailliere, 1879). La expresión se extendió en inglés desde la década de 1880, y el primero que la usó fue probablemente John Dewey, “The new psychology”, *Andover Review*, 2, 1884, 278-289.

²⁴ James Mark Baldwin, “Autobiography”, en Carl Murchison, ed., *A history of psychology in autobiography*, vol. I (Worcester, MA, Clark University Press, 1930), p. 2.

²⁵ Hermann Ebbinghaus, *Abriss der Psychologie* (1908; Leipzig, Veit, 1910), p. 9.

²⁶ Edwin G. Boring, *A history of experimental psychology* (1929; New York, Appleton-Century-Crofts, 1957), p. ix.

²⁷ *Ibid.*, p. 316. Ver John M. O'Donnell, “The crisis of experimentalism in the 1920s. E. G. Boring and his uses of history”, *American Psychologist*, 34, 1979, 289-295; John C. Cerullo, “E. G. Boring: Reflections on a discipline builder”, *American Journal of Psychology*, 101, 1988, 561-575; Luigi Antonello Armando, *L'invenzione della psicologia. Saggio sull'opera storiografica di E. G. Boring* (Rome, Nuove Edizioni romane, 1988).

²⁸ Así funciona, para poner un ejemplo reciente, en Serge Nicolas, *Histoire de la psychologie* (Paris, Dunod, 2001), p. 7. Con o sin la frase de Ebbinghaus lo que decimos se aplica a la mayor parte de los manuales sobre el tema.

²⁹ Roger Smith, “Does the history of psychology have a subject?”, *History of the Human Sciences*, 1, 1988, 147-177.

para legitimizar el estado al que la ciencia había llegado, en el siglo XVIII, ella hace que la disciplina advenga. Por otra parte, reducir la psicología de las Luces a las ideas psicológica del siglo es a todas luces una falta de consideración y una especie de ilusión historiográfica.³⁰

En primer lugar y muy simplemente porque en el siglo XVIII existe una ciencia del alma que llama *psicología*. Por otra parte, hay que permanecer sensible las especificidades de tiempo y lugar: incluso en el siglo de las Luces, no hay *una* psicología y por lo tanto un sólo relato posible sobre su historia. Pueden admitirse sin embargo algunas generalizaciones. “Psicología empírica” designa una ciencia que se quiere fundada sobre la experiencia y que trata del alma unida al cuerpo; ella excluye por definición al alma como principio explicativo y para rendir cuenta de las operaciones del pensamiento, tiende a apelar a la sensación antes que a las propiedades intrínsecas de un espíritu inmaterial. Por supuesto, esta psicología no es “empírica” o “científica” si por esos términos se entiende una investigación cuantitativa llevada a cabo en laboratorios. Sin embargo, si se aborda la psicología del siglo XVIII desde el punto de vista de sus propios criterios y contextos, ella debe ser considerada en relación a una historia natural del hombre.

En 1754, las primeras líneas del *Essai de psychologie* del ginebrino Charles Bonnet (1720–1793) formulan el principio de la psicología de las Luces: “No conocemos el alma más que por sus facultades y no conocemos las facultades más que por sus efectos. Estos efectos se manifiestan por la intervención del cuerpo”.³¹ Al admitir, siguiendo a John Locke (1632–1704), la imposibilidad de conocer las sustancias en sí mismas, la psicología de las Luces estima que sólo las manifestaciones del alma, observables por los sentidos externos o internos, en uno mismo o en otro, pueden ser el objeto de una investigación empírica. Es por eso que renuncia explícitamente a solucionar el problema de la unión del alma y el cuerpo y decide concentrarse sobre su mutua interacción.; y si toma a veces la forma de una neuropsicología es porque el nervio es considerado como un intermediario entre el alma y el cuerpo. Por más especulativa que sea, esta psicología manifiesta una actitud que la liga sin equívoco a la filosofía natural. Esta percepción se justifica no solamente en razón de su rechazo explícito a abordar el alma como concepto metafísico o teológico, sino también en el recurso a la observación, la experiencia, la experimentación, el examen de sí y el sentido íntimo, así como en sus tentativas de aplicar el razonamiento matemático o modelos físicos a los fenómenos mentales, incorporar conocimientos médicos, y prestar atención a la fisiología y la anatomía en la interpretación de las relaciones entre el alma y el cuerpo.

¿Cómo tratar entonces al “siglo de la psicología”? ¿Forma parte del *pasado* o de la *historia* de la disciplina? La pregunta debe ser planteada pues la idea por la que el siglo de las Luces es el “siglo de la psicología” conduce a una paradoja: resulta que las obras generales sobre las Luces, sobre la historia de las ciencias en la misma época o sobre la historia de la psicología en su conjunto no tratan nada de todo aquello que se nombraba como *psicología*³². Conviene entonces examinar qué se entiende por este término y las elecciones historiográficas e interpretativas que determinan su empleo.

Cuando *psicología* designa el conjunto de las ideas o conceptos “psicológicos”, su campo tiende a confundirse con una parte inmensa de la cultura de las Luces. La materia psicológica se encuentra allí en vasta dispersión: en las ciencias naturales, la medicina, la teología, la filosofía moral, la metafísica y la lógica, así como también en las obras literarias, los relatos de viaje, los manuales de puericultura y de pedagogía, los tratados de estética, de legislación y política, los diccionarios y las gramáticas... Cada uno elegirá aquí y allá aquello que corresponde a su idea de psicología. Aun si confirman la noción de “siglo de la psicología” que proponen las grandes síntesis

³⁰ Ver el tratamiento de la cuestión en Gary Hatfield, *The natural and the normative. Theories of spatial perception from Kant to Helmholtz* (Cambridge, MA, MIT Press, 1990), caps. 2 y 7.

³¹ Charles Bonnet, *Essai de Psychologie* (1754), en *CEuvres d'Histoire Naturelle et de Philosophie* (Neuchatel, Samuel Fauche, 1779-1783), ed. in-4°, tomo 8, p. 1.

³² No hay “psicología” en Thomas Hankins, *Science and the Enlightenment* (Cambridge, Cambridge University Press, 1985), ni en William Clark, Jan Golinski et Simon Schaffer, Cds., *The sciences in enlightened Europe* (Chicago, University of Chicago Press, 1999), donde Marina Frasca-Spada (“The science and conversation of human nature”) aborda sin embargo muchas cuestiones “psicológicas”.

sobre las Luces, un método como ese sólo puede conducir a resultados fragmentados, fuertemente marcados por las elecciones individuales y que tienden a excluir precisamente aquello que se nombraba como *psicología*.

Estas síntesis identifican la psicología a los discursos sobre el funcionamiento del espíritu, sobre la adquisición de conocimientos o sobre las modalidades empíricas del pensamiento inspiradas en mayor o menor grado en el *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690) de John Locke. En los años 1930, Carl L. Becker describe el *Ensayo* como el “evangelio psicológico” del siglo;³³ Ernst Cassirer acentúa el modo en que la psicología sirve de fundamento a la teoría del conocimiento y la génesis psicológica de las ideas se erige en criterio lógico;³⁴ Paul Hazard observa que en el siglo XVIII, Locke “era el hombre que había llamado la atención sobre el juego que es, a la vez, el más necesario y el más delicioso: sobre la psicología”.³⁵ Para Isaiah Berlin, el gran proyecto intelectual de las Luces es precisamente el de transformar la filosofía en “una suerte de psicología empírica”.³⁶ A fines de los años 1960, Peter Gay explica que en el siglo XVIII, la psicología es, entre las ciencias humanas, la ciencia estratégica.³⁷ Georges Gusdorf, aunque afirma que Locke no es un psicólogo en el sentido moderno del término, lo considera sin embargo como el primer gran nombre de la psicología.³⁸ A ojos de Roy Porter, en el comienzo de los años 1990, los objetos de aquello que nosotros llamamos *psicología* estaban dispersos en la filosofía moral, la metafísica y el estudio del entendimiento humano; luego del ataque de Locke contra las ideas innatas, la psicología surge como clave de las ciencias humanas y del perfeccionamiento de la humanidad.³⁹

Desde esta perspectiva, examinar la psicología del XVIII siglo equivale a seleccionar las estrellas del empirismo y del sensualismo y a documentar las múltiples aplicaciones del método del “análisis” derivado de Locke. El procedimiento analítico, que Etienne Bonnot de Condillac (1715–1780) define en su *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* (1746) consiste “en retornar al origen de nuestras ideas, desarrollar su generación y hacer con ellas diferentes composiciones o descomposiciones para compararlas en todos los rasgos que puedan mostrar sus mutuas relaciones”.⁴⁰ Condillac subraya que, gracias al análisis, se llegará a “delimitar la extensión y los límites de nuestros conocimientos y renovar así todo el entendimiento humano”.⁴¹ Los *philosophes* lo siguen, convencidos de la aplicación sistemática del análisis permitirá reformar las ciencias y garantizará la naturaleza ilustrada del siglo. “¡Cuantos lazos han sido rotos por los textos

³³ Carl L. Becker, *The heavenly city of the eighteenth-century philosophers* (1932; New Haven, Yale University Press, 1955), p. 64.

³⁴ Ernst Cassirer, *La philosophie des Lumières* (1932), trad. P. Quillet (Paris, Fayard, 1990), ch. 3. Interesado principalmente por el problema del conocimiento, examina la filosofía de las Luces como una preparación a Kant; Cassirer no deja de señalar que en Alemania “las doctrinas psicológicas de Locke nunca llegaron a reinar plenamente” (p. 177).

³⁵ Paul Hazard, *La crise de la conscience européenne* (1935; Paris, Gallimard, 1961), vol. 2, p. 26.

³⁶ Isaiah Berlin, *The age of Enlightenment* (1956; New York, New American Library, 1984), p. 19.

³⁷ Peter Gay, *The Enlightenment: an interpretation*, vol. 2 (New York, W.W. Norton, 1969), p. 167.

³⁸ Georges Gusdorf, *La révolution galiléenne* (Paris, Payot, 1969), vol. 2, p. 252; *L'avenement des sciences humaines au siècle des Lumières* (Paris, Payot, 1973), p. 32.

³⁹ Roy Porter, “Psychology”, en John W. Yolton, ed., *The Blackwell companion to the Enlightenment* (Oxford, Blackwell, 1992). No hay “psicología” en Michel Delon, ed., *Dictionnaire européen des Lumières* (Paris, Presses Universitaires de France, 1997) o en Alan Charles Kors, ed., *Encyclopedia of the Enlightenment* (New York, Oxford University Press, 2003), pero sí una breve presentación, de Wolff a Kant, en Werner Schneiders, ed., *Lexikon der Aufklärung. Deutschland und Europa* (1995; Munich, C. H. Beck, 2001).

⁴⁰ *Encyclopedie, ANALYSE (en Logique)*, por Claude Yvon, 1, p. 401. Cf. Etienne Bonnot de Condillac, *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (1746), in *Oeuvres complètes de Condillac* (Paris, de l'imprimerie de Ch. Houel, 1798), vol. 1, ch. 7 (Digression sur l'origine des principes et de l'operation qui consiste a analyser). *Encyclopedie*, Denis Diderot et Jean Le Rond d'Alembert, eds., *Encyclopedie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, (Paris, Briasson [...]), texto (1751-1765). Aunque he utilizado diferentes ediciones, he decidido referir siempre al texto de la primera edición (in-4°) disponible en el sitios del proyecto ARTFL (Universite de Chicago /CNRS), <<http://encyclopedie.inaf.fr/>>.

⁴¹ Condillac, *Essai*, p. 8 (Introduction). Sobre Condillac, ver Isabel F. Knight, *The geometric spirit. The abbe de Condillac and the French Enlightenment* (New Haven, Yale University Press, 1968).

de Locke, aun en los países católicos! ¡Y cuántos deben romperse todavía para que el espíritu humano pueda reencontrar la libertad moral de la cual parece destinado a gozar en algún momento del porvenir!”.⁴² La exclamación, plena de confianza y de esperanza de Dugald Stexart (1753–1828), profesor de filosofía moral en Edimburgo, es perfectamente representativa. De la economía política a la estética, de la educación a la legislación, las Luces parecen depender del conocimiento natural y psicológico del hombre; y tal psicologización, comprendida como la realización de la filosofía lockeana, debía comenzar por la ciencia primera.

El abate Condillac, que muchos autores consideran como el principal “psicólogo” del siglo XVIII declara que, dado que el análisis es el método de todas las ciencias, merecería el nombre de “metafísica”. Pues bien, tal metafísica no podría ni siquiera ser “la primera ciencia”:

Pues, ¿sería posible analizar bien todas nuestras ideas, si no supiéramos qué son y cómo se forman? Se impone entonces, antes que nada, conocer el origen y la generación de las ideas. Pero la ciencia que se ocupa de ese objeto todavía no tiene nombre, dada su ínfima antigüedad. Yo la nombraría *psicología*, si conociese alguna buena obra bajo ese título.⁴³

El mismo Condillac sugiere que su rechazo lexical se basa sobre un juicio respecto de la historia del problema del origen de los conocimientos: “Inmediatamente después de Aristóteles” – declara – “viene Locke, pues no hace falta tener en cuenta al resto de los filósofos que han escrito sobre el asunto”.⁴⁴ Aristóteles había sentado el principio del origen sensorial de los conocimientos, sin desarrollarlo; las cosas habían quedado ahí, hasta la filosofía de Locke. El atajo de Condillac deja de lado dos mil años de una “ciencia vana, que no trata sobre nada y que no va a ninguna parte. Dado que nos elevamos de las ideas particulares a las nociones generales [escribe el filósofo] éstas últimas no podrían ser el objeto de la primera de las ciencias”.⁴⁵ Entre Aristóteles y Locke, el conocimiento humano sólo se trató de modo deductivo, a partir de conceptos abstractos, y en primer lugar, a partir del concepto de alma. En la medida en que las *Psicologías* ilustran esa historia, hay que rechazar el discurso que lleva ese nombre.

Otros *philosophes* explotan el mismo argumento, otorgándole otros matices. El marqués de Condorcet, (1743–1794) duramente anticlerical, se pregunta: “Qué filosofía enseñaron los monjes, el arte de la chicana escolástica, eso que en las clases se llama la teología natural y la psicología, es decir, todos los ensueños de los teólogos sobre la naturaleza de Dios y del alma”.⁴⁶ En cuanto a Destutt de Tracy (1754–1836), prefiere el nombre *ideología* al de *psicología*, porque éste último quiere decir “ciencia del alma” y evoca “la vaga investigación sobre las causas primeras”.⁴⁷ A principios del siglo XIX, en las lecciones de las Escuelas Normales creadas durante la Revolución, Dominique Joseph Garat (1749–1833) encuentra que el término *psicología* es inadecuado para reemplazar el de *metafísica* y sus oscuras connotaciones. En efecto, el nombre *psicología*

...no recibe de nuestra lengua ninguna claridad, porque no se liga a casi ninguna de sus palabras; por su etimología se remonta a la idea del alma, antes que a la idea de las operaciones del espíritu humano y daría la idea de una ciencia aparte, de un género de

⁴² “How many are the threads which, even in Catholic countries, have been broken by the writings of Locke! How many still remain to be broken, before the mind of man can recover the moral liberty which, at some future period, it seems destined to enjoy! “ Dugald Stewart, *Dissertation, exhibiting a general view of the progress of metaphysical, ethical, and political philosophy, since the revival of letters in Europe*, in *The works* (Cambridge, Hilliard and Brown, 1829), vol. 6, pp. 437-438.

⁴³ Etienne Bonnot de Condillac, “Des progres de l' art de raisonner “, *Histoire moderne*, livre XX, ch. 12, *Cours d'itudes pour l'instruction du Prince de Parme* (1768-1773), en Georges Le Roy, ed., (*Euvres philosophiques de Condillac* (Paris, Presses Universitaires de France, 1947-51), vol. 2, p. 299.

⁴⁴ Etienne Bonnot de Condillac, “Extrait raisonne du *Traite des sensations* “, in *Traite des sensations* (1754; Paris, Fayard, 1984), p. 287.

⁴⁵ Condillac, “Des progres “, p. 299.

⁴⁶ Jean-Antoine-Nicolas Caritat, marqués de Condorcet, “Petits resumes sur l'histoire de l'education” (1774), en Manuela Albertone, ed., Condorcet, *Reflexions et notes sur l'education* (Naples, Bibliopolis, 1983), p. 121.

⁴⁷ Antoine Louis Claude Destutt de Tracy, “Sur un systeme methodique de Bibliographie” (1797), en *Memoire sur lajaculte de penser [...] etautres textes* (Paris, Fayard, 1992), p.71.

conocimientos que, por su naturaleza, debe devenir universal y familiar para todos el mundo.⁴⁸

Garat prefiere seguir a Locke y enseñar el “análisis del entendimiento”. En todos los casos, se trata de desembarazarse de la metafísica “ciencia tenebrosa de las antiguas escuelas” que “extendía sus tinieblas las ideas más simples y más claras”.⁴⁹ El alma pertenece a ella, casi con el mismo título que el silogismo y el latín.

Ya en el fin de las Luces, Condorcet, Tracy y Garat no hacen más que aplicar algunos lugares comunes post-lockeanos a una psicología en la cual sólo ven especulaciones teológico escolásticas sobre la naturaleza del alma. Baste recordar los argumentos de Voltaire (1694-1778) quien, desde las *Cartas filosóficas* (1734) al *Diálogo de Évhémère* (1777), trata frecuentemente la cuestión. Por ejemplo: “La palabra *alma* es una de esas palabras que todos pronuncian sin entenderla”.⁵⁰ Y no la comprendemos porque no tenemos ninguna idea de ella pues es imposible rendir cuenta de ella por el recurso a las impresiones sensoriales. Si el alma existe, ella no puede ser conocida; además y en la medida en la que podemos atribuir al cuerpo las facultades de pensar y de sentir, ella es superflua como concepto. Sin embargo, nunca faltaron “razonadores” del alma. Y cabe al filósofo regocijarse del hecho de que, luego de tantos autores “que escribieron la novela del alma, (haya venido) un sabio que, modestamente, escribió su historia; Locke ha desarrollado la razón humana para el hombre, tal como un anatomista excelente explica los resortes del cuerpo humano”.⁵¹ Según los términos utilizados más tarde por los autores del “Discurso Preliminar” a la *Enciclopedia*, Locke habría reducido la metafísica a una “física experimental”, a una ciencia natural del alma. Emblemático del pensamiento de las luces, este texto condensa los principios epistemológicos y las aspiraciones metodológicas comunes a la mayoría de los psicólogos del XVIII siglo, desde los materialistas militantes a los cristianos convencidos.

Aquello que Newton no había osado, o que tal vez no hubiese podido hacer, Locke lo acomete y lo ejecuta con éxito. Se puede decir que creó la Metafísica casi como Newton había creado la Física. Pensó que las abstracciones y las cuestiones ridículas que se habían agitado hasta ese momento y que habían constituido como la substancia de la Filosofía, eran la parte que había que proscribir en primer lugar. Buscó en esas abstracciones y en los abusos de los signos las causas principales de nuestros errores, y allí los encontró. Para conocer nuestra alma, sus ideas y sus afecciones, no estudió los libros, que lo hubiesen instruido mal; se contentó con descender profundamente en sí mismo; y luego de haberse contemplado, por así decirlo, durante mucho tiempo, presentó a los Hombres, en su *Tratado del entendimiento humano* el espejo en el cual se había visto. En una palabra, redujo la Metafísica a aquello que debe ser en efecto, la Física experimental del alma; especie de Física muy diferente de la de los cuerpos, no solamente por su objeto, sino por la manera de abordarlo. En ésta última, se pueden descubrir frecuentemente fenómenos desconocidos; en la otra, los hechos tan antiguos como el mundo existen igualmente en todos los hombres: tanto peor para los que creen ver en ellos algo nuevo. La Metafísica razonable no puede consistir, como la Física experimental, más que en reunir con cuidado todos estos hechos, reducirlos en un corpus, explicar los unos por los otros, distinguiendo aquellos que deben ocupar el primer rango y servir como base.⁵²

Con igual inspiración, pero medio siglo más tarde, el médico-filósofo Pierre Jean Georges Cabanis (1757-1808) declara que los principios relativos al estudio del “hombre moral” fueron oscurecidos por “la onda de hipótesis metafísicas” formuladas desde que se había separado su estudio del estudio del hombre físico. De lo cual resultó, según Cabanis, la ausencia de una “base

⁴⁸ [Dominique-Joseph] Garat, “Analyse de l'entendement”, *Seances des Ecoles Normales, recueillies par des stenographes, et revues par les professeurs*, nouvelle ed. (Paris, A l'Imprimerie du Cercle Social, 1800), t. 1, pp. 149-150.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 149.

⁵⁰ Voltaire, *Lettres philosophiques* (1734), Première redaction de la Lettre 13, en *Melanges*, ed. Jacques van den Reuvel (Paris, Gallimard, 1961), p. 41.

⁵¹ *Ibid.*, Lettre 13, “Sur M. Locke”, p. 37.

⁵² *Encyclopedie*, “Discours preliminaire des editeurs”, I, p. xxvii

sólida”, de un punto fijo al cual pudiesen referirse los resultados de la observación y de la experiencia”.⁵³ Aquello que se llama “todavía hoy, metafísica”, escribe en 1809, “no tiene ninguna relación con lo que alguna vez llevaba ese nombre”, y concluye: “Después de Locke, Helvetius, y Condillac, la Metafísica es el conocimiento de los procedimientos del espíritu humano, el enunciado de las reglas que el hombre debe seguir en la búsqueda de la verdad [...] en una palabra, la *Ciencia de los métodos*; métodos que ella funda sobre el conocimiento de las facultades del hombre”.⁵⁴

Tales proposiciones, cuyos ejemplos podríamos multiplicar, resumen lo esencial de los juicios filosóficos sobre el rol de Locke y la transformación del problema “metafísico” del alma en la cuestión “analítica” del origen de los conocimientos humanos. Algunos llegan incluso a atribuir a esta transformación, la libertad de los pueblos: “Casi en su nacimiento”, confía Garat a sus alumnos, “el arte analítico del entendimiento ha descubierto los derechos del hombre: es porque ese arte existe que Francia es libre y que Europa debe serlo”.⁵⁵ Al evocar los mismos acontecimientos, pero situado en el extremo opuesto del espectro político, el conde Joseph de Maistre (1753-1821) le reprocha a los franceses por haberse confiado a Locke y haberse dejado encerrar voluntariamente – “LOCKED in fast”, se complace en decir.⁵⁶ De un modo negativo otorga así a Locke el mismo lugar y la misma función, invirtiendo el valor, que la *Enciclopedia*, Garat, Cabanis, o que una liberal cristiana como Madame de Staël (1766-1817).⁵⁷ En todos los casos, se constata que la metafísica “escolástica” desaparece en provecho del estudio “analítico” de las operaciones intelectuales. Es en ese sentido que la edad de las Luces es el “siglo de la psicología”; el término designa igualmente la “psicologización” a gran escala de la cultura de las Luces, de la lógica a la educación, de la teoría del conocimiento a la moral de la religión a la estética.⁵⁸ Pero es empleado raramente para designar la disciplina que, en el siglo XVIII, particularmente en Alemania, aparece bajo ese nombre, produciendo libros, revistas y artículos, enseñanzas y una historiografía.⁵⁹

Si el estudio de la psicología del siglo XVIII evidentemente no podría limitarse a las fuentes y a los individuos que han utilizado la palabra, ella debe – para evitar ahogarse en la historia de las ideas psicológicas – tener en cuenta también aquello que llevaba el nombre de *psicología*. Es por esta razón que me atenderé a las categorías utilizadas por los protagonistas mismos. Este criterio es a

⁵³ Pierre-Jean-George Cabanis, *Rapports du physique et du moral de l'homme* (1800), in *OEuvres philosophiques*, ed. Claude Lehec et Jean Cazeneuve (Paris, Presses Universitaires de France, 1956), 2 vols., t. I, p. 111.

⁵⁴ Pierre-Jean-George Cabanis, “Lettre sur un passage de la *Decade philosophique* et en general sur la perfectibilité de l'esprit humain” (1809), in Cabanis, *OEuvres philosophiques*, t. 2, pp. 514 y 515.

⁵⁵ Garat, “Analyse de l'entendement”, pp. 162-163.

⁵⁶ Joseph de Maistre, *Les soirees de Saint-Petersbourg ou Entretiens sur le gouvernement temporel de la Providence* (1821), ed. Jean-Louis Darcel (Geneve, Slatkine, 1993), vol. 2, 6a entrevista. Esta entrevista es enteramente un ataque contra Locke. Su *Examen de la philosophie de Bacon* (1836) es también un ataque contra Locke, Condillac y los *philosophes* a quienes consideraba (y que se veían a si mismos) como descendientes de Bacon.

⁵⁷ Germaine de Staël, *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales*, 2a ed. (1800), ed. Gerard Gengembre et Jean Goldzink (Paris, Flammarion, 1991), 2a parte, cap. 6 (De la philosophie).

⁵⁸ Estas generalizaciones historiográficas, basadas sobre obras sintéticas acerca de las Luces (de las que algunas han sido ya mencionadas) así como sobre numerosos manuales de historia de la psicología, se ven confirmadas por los análisis bibliográficos de Jürgen Jahnke, “Psychologie im 18. Jahrhundert. Literaturbericht 1980 bis 1989”, *Das achtzehnte Jahrhundert*, 14, 1990, 253-278 y “Neuere Arbeiten zur Psychologie im 18. Jahrhundert. Historiographische Probleme, Ergebnisse und Tendenzen”, *Psychologie und Geschichte*, 2, 1990, 19-24. Es seguramente posible estudiar el sensualismo en la cultura de las Luces sin pretender hacer específicamente historia de la psicología: ver por ejemplo John C. O'Neal, *The authority of experience. Sensationist theory in the French Enlightenment* (University Park, PA, Pennsylvania State University Press, 1996) y Anne C. Vila, *Enlightenment and pathology. Sensibility in the literature and medicine of eighteenth-century France* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1998).

⁵⁹ Los dos abordajes no son incompatibles. Lo testimonia la obra histórica de Max Dessoir (1868-1947), profesor de filosofía en Berlín, especialista en estética y autor al mismo tiempo de una breve historia general de la psicología, desde los presocráticos a la psicofísica del siglo XIX (*Abriss einer Geschichte der Psychologie*, Heidelberg, Winter, 1911) y de un estudio indispensable sobre la psicología alemana del siglo XVIII: *Geschichte der neueren deutschen Psychologie* (2a ed., 1902; Amsterdam, E. J. Bonset, 1964).

la vez lexical, conceptual y social pues hace depender el objeto del relato en signos reconocibles de pertenencia a la psicología (tal como títulos de obras, rúbricas de revistas, bibliografías, biografías y auto-descripciones de actores históricos) y respeta las definiciones de época.

En lo que hace al siglo XVIII, esta manera de abordar la psicología conlleva una distancia crítica respecto de la historiografía recibida de la disciplina. Pero ella supone igualmente una cierta desagregación del concepto mismo de “Luces”.⁶⁰ Los grandes trabajos de los años '30, redactados por Ernst Cassirer, Carl L. Becker, o Paul Hazard, atribuían a las Luces una unidad apta para hacer de ella un bastión de la Razón contra las utopías totalitarias. Desde los años 1970, el modelo unitario entra en crisis y la herencia positiva de las Luces se pone en cuestión. La difusión de una obra como *La dialéctica del Iluminismo* ha sin duda contribuido a ello.⁶¹ Este fraccionamiento no obligatoriamente supone un proceso a las Luces. Pero implica por lo menos un pasaje de la historia “intelectual” a la historia cultural,⁶² el reconocimiento creciente de especificidades locales y de diferencias nacionales y confesionales, la exploración de lados oscuros, irracionales” o autoritarios de la edad de la Razón, el estudio de dimensiones sociales y materiales hasta ese momento ausentes del cuadro, el redescubrimiento de corrientes, anti-*filosóficas* u otras que tuvieron su parte en la dinámica “ilustrada” del siglo.

Desaparecida la coherencia de las Luces, el concepto corre el riesgo de perder su utilidad y su justificación historiográfica y se reduce, la mayor parte de las veces implícitamente a una categoría puramente cronológica.⁶³ Como contrapartida, de ello resulta un enriquecimiento considerable del siglo XVIII, especialmente en lo que hace a la historia de las ciencias.⁶⁴ A la pregunta “¿Que son las Luces?”, se prefiere de ahora en más la forma activa “¿Qué significa ilustrar?”.⁶⁵ Se trata de comprender las Luces en su heterogeneidad, de reformular la cuestión de su identidad teniendo en cuenta las respuestas dadas en la época y de las diversas significaciones del verbo “ilustrar”. Antes que analizar un “espíritu de las Luces” del cual se descubrirían las diversas manifestaciones, se trata de interrogar las prácticas y a partir de allí, los valores, las experiencias y los caracteres comunes a los protagonistas individuales y colectivos. Las diferentes nociones de Luces que se despejan por ese método no serían más que sustantivaciones del adjetivo, que califica a aquellos que se estiman o son juzgados “ilustrados” en virtud de una cierta manera de vivir y de su conformidad a ciertos ideales o principios filosóficos o antropológicos.⁶⁶ Lo principal, por lo tanto, son las funciones auto-formadoras de esos ideales y de esos principios.

⁶⁰ Sobre la problemática de las Luces, que aquí ha sido abordada muy brevemente, ver Giuseppe Ricuperati, “Le categorie di periodizzazione e il Settecento. Per una introduzione storiografica”, *Studi settecenteschi*, 14, 1994, 9-106; G. Ricuperati, “Illuminismo e Settecento dal dopoguerra a oggi”, in G. Ricuperati, ed., *La reinvenzione dei Lumi. Percorsi storiografici del Novecento* (Florence, Leo S. Olschki, 2000). A propósito de la *Aufklärung*, ver la Introducción de Ian Hunter en *Rival Enlightenments. Civil and metaphysical philosophy in early modern Germany* (Cambridge, Cambridge University Press, 2001). Para una visión de las diferencias nacionales y regionales, ver Roy Porter et Mikulas Teich, eds., *The Enlightenment in national context* (Cambridge, Cambridge University Press, 1981).

⁶¹ *Dialektik der Aufklärung*, “fragments philosophiques” de Max Horkheimer et Theodor W. Adorno, publicada en 1947 y traducida como *La dialectique de la raison*, trad. E. Kaufholz, (Paris, Gallimard, 1989); [traducción castellana: T. Adorno: M. Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, traducc. de H.A.Murena, Buenos Aires, Sur, 1970.]

⁶² Roger Chartier, *Les origines culturelles de la Révolution française* (1990; Paris, Seuil, 2000).

⁶³ Ver por ejemplo Dorinda Outram, *The Enlightenment* (New York, Cambridge University Press, 1995), que oscila entre un término que tiene una función puramente cronológica y un concepto todavía dotado de significación.

⁶⁴ Jan V. Golinski, “Science in the Enlightenment”, *History of science*, 24, 1986, 411-424; véi también la Introducción de los editores, así como los capítulos de Nicholas Jardine (“Inner history; or how to end Enlightenment”) y de Lorraine Daston (“The ethos of Enlightenment”) en Clark, Golinski y Schaffer, *The sciences in enlightened Europe*.

⁶⁵ Es el filósofo Moses Mendelssohn el que titula “Über die Frage: was heisst aufklären?”, en su respuesta a la pregunta “Was ist Aufklärung?” planteada en 1783 en la *Berlinische Monatsschrift*. Para una colección de fuentes de los siglos XVIII y XX, así como para ver estudios sobre la pregunta, ver James Schmidt, ed., *What is Enlightenment? Eighteenth-century answers and twentieth-century questions* (Berkeley, University of California Press, 1996). Ver igualmente Gerard Raulet, ed., *Aufklärung. Les Lumières allemandes* (Paris, Flammarion, 1995), 1a parte.

⁶⁶ Hunter, *Rival Enlightenments*, p. 24.

Es imposible, sin embargo, en el caso de la psicología “pensar las Luces como un tejido de prácticas sin discursos”.⁶⁷ En tanto disciplina, la psicología empírica del siglo XVIII tiene poca consistencia fuera de los textos. Aun si ella supone (y, si creemos a los psicólogos, ejerce) técnicas de observación de sí y de otro, aun si se dirige al perfeccionamiento humano, como una reforma concreta de los espíritus y de la sociedad, se encarna principalmente en los discursos que la instituyen. Esos discursos no coinciden en todos los puntos con aquellos que fundan el “siglo de la psicología”, proyectan necesariamente otra imagen de la psicología del siglo; para restituir esa imagen, comencemos por el principio: la historia de su propio nombre.

⁶⁷ Chartier, *Les origines culturelles*, p. 33. El autor precisa sin embargo : “al menos sin esos discursos que son definidos inmediatamente como “ilustrados” por la tradición”.